



ALBERTO
VÁZQUEZ-FIGUEROA

**RUMBO A
LA NOCHE**

Nada resulta más barato que jurar amor,
ni más caro que creérselo.

Caribel trabaja como prostituta en un burdel de lujo. Es una mujer culta e inteligente, que se maneja con frialdad en su oficio con el único objetivo de acumular dinero y retirarse al cabo de unos años. Hasta que una noche oye un ruido raro procedente de la habitación de una compañera y al ir a investigar encuentra el cuerpo de esta ensangrentado.

Caribel decide entonces jugárselo todo para averiguar qué le ha ocurrido realmente a su amiga. Sus pesquisas la llevarán hasta Panamá, y allí se verá envuelta en una compleja trama que extiende sus tentáculos hasta Estados Unidos, donde la elección de un nuevo presidente amenaza con alterar el orden mundial: su nombre es Donald Trump.

A Bob y a Nuria

I

Se sumergió totalmente en la bañera.

Aquella constituía su mejor terapia, la única que le permitía desprenderse de todo olor o contacto ajenos, devolviéndole a los lejanos tiempos en los que buceaba en una charca conteniendo la respiración y tratando de atrapar cangrejos que se le escurrían entre los dedos.

El agua era el refugio en el que volvía a ser la Caribel que había sido durante veinte años gracias a que durante largo rato conseguía recuperar parte de su autoestima e incluso la confianza en sí misma.

Aquel era uno de esos días en los que la vida se veía algo mejor gracias a que Gregori era un hombre amable, decente y aseado; un cincuentón sin más aspiración que abrir una vez por semana el grifo de sus necesidades de una manera normal, dulce y educada, sin provocar jamás una situación incómoda o desagradable.

A base de un impactante físico, un buen hacer profesional y una notable cultura que incluía hablar correctamente cinco idiomas, había conseguido hacerse con una clientela fija y poco problemática, lo cual le permitía negarse a atender a un determinado tipo de «parroquianos».

Alegar que ya se había adquirido un compromiso previo era una opción de la que siempre se podía echar mano, pero de la que no convenía abusar cuando se corría el riesgo de ofender a quienes estaban dispuestos a gastarse una

pequeña fortuna a la hora de demostrar que eran muy ricos y muy hombres.

Aunque la experiencia enseñaba que muchos no gastaban su dinero puesto que cargaban los gastos a tarjetas de crédito a nombre de empresas gubernamentales, ayuntamientos e incluso ministerios.

Y curiosamente solían ser los que utilizaban dinero público quienes elegían los menús más costosos, las bebidas más exóticas y las mujeres más llamativas, aunque luego ni siquiera dejaban propina por mucho que la atención prestada hubiera sido de su agrado.

Gregori no era de esos.

Probablemente tenía más derecho que la mayoría a utilizar ese tipo de tarjetas, pero siempre pagaba en metálico y siempre dejaba algo más sobre la mesilla mientras lanzaba un beso de despedida.

—¡Hasta el jueves, cielo...!

Lo decía en el tono de quien ansiaba que los días desaparecieran de improviso y que en cuanto cruzara el umbral volviera a ser jueves, lo cual significaría que lo estaba cruzando en sentido contrario.

—¡Hasta el jueves!

Caribel sospechaba que al tímido y solitario viudo le encantaría «firmarle una exclusiva» a base de comprarle un coqueto apartamento en cualquier barrio de clase media, aunque le constaba que jamás se atrevería a insinuarlo.

El buen hombre, que además de funcionario de alto rango era un editor de reconocido prestigio, sabía muy bien que lo más gravoso de ciertos apartamentos no estaba en lo que había costado «el continente» sino en lo que llegaba a costar «el contenido».

Resultaba mucho más económico, cómodo y sensato, visitarla una vez por semana, saber que le estaba esperando «con los brazos abiertos» y disfrutar de un par de horas de agradable compañía antes de regresar a casa.

Aunque tuviera que cenar solo.

Caribel agradecía que ni tan siquiera hubiera insinuado la posibilidad de «retirla», ya que se hubiera visto obligada a hacerle comprender que jamás podría ofrecerle lo que le ofrecía El Convento sin correr el riesgo de acabar en la ruina.

En El Convento se cobraba por ver, oír, oler, gustar y sobre todo tocar, y quien atravesaba el enrejado portón que daba acceso a sus cuidados jardines o a sus luminosos claustros sabía que pasaría unas horas inolvidables, pero que la factura lograría que le resultara aún más inolvidable.

Si es que la pagaba él.

Si corría a cargo de los contribuyentes no existía lugar sobre la tierra más parecido al paraíso dado que allí encontraban lo mejor de lo mejor, especialmente en lo que se refería a mujeres.

Las había de todos los colores, razas y estilos, por lo que algunos clientes parecían disfrutar más observándolas en los salones, el piano-bar, el exclusivo restaurante de dos estrellas Michelin o el pequeño casino que ocupaba el ala norte, que llevándosela a la cama.

Y es que el acto final tan solo solía durar unos minutos, a veces demasiado pocos, mientras que la sensación de poder que producía el prelude se alargaba como un irresistible orgasmo mental.

Caribel despreciaba a los libidinosos mirones que se reclamaban como el comensal que estudia el menú confiando en que les abra el apetito, pero se esforzaba a la hora de conseguir que ese desprecio no aflorara puesto que al fin y al cabo era ella quien había elegido ser uno de los platos fuertes de tan selecta carta, aunque matizando que tenía derecho a ser excluida del menú si el comensal no era de su agrado.

Ese era uno de los detalles que marcaban la diferencia entre El Convento y el resto de los prostíbulos de gran lujo; sus pupilas eran dueñas de sus actos, y cuando decían «no», era «no».

Aquel constituía un acuerdo justo dentro de un mercado casi siempre injusto, y por ello había aceptado a entrar a formar parte del selecto «club» de cuantos consideraban que el dinero estaba hecho para gastárselo.

Sus generosos socios pagaban y se marchaban con el bolsillo aligerado aunque tal vez temiendo que alguien les preguntara por qué olían como olían, mientras que a ella le bastaba con meterse en la bañera y olvidarlos sin tener que dar explicaciones sobre la procedencia de su dinero.

Cerró los ojos, jugó una vez más a contener la respiración como cuando perseguía cangrejos en la charca y fue entonces cuando escuchó el golpe.

Bajo el agua los sonidos ganaban en intensidad y aunque aquellos muros de piedra hubieran sido levantados nueve siglos atrás, su bañera coincidía con la del dormitorio contiguo, por lo que en ocasiones percibía ruidos de pasos, cerrar de puertas, tintinear de copas e incluso voces.

Aunque en esta ocasión sonaba distinto; no parecía el grito de un orgasmo, sincero o fingido —que de todo solía darse en El Convento—, sino más bien algo súbito, seco, aislado e irreconocible.

No movió un músculo y aguardó mientras una diminuta burbuja le surgía de la comisura de los labios y ascendía en busca de la superficie en la que reventó con un susurro.

Le llegó, con notable claridad tal vez porque le resultaba familiar, una sola palabra:

—¡Putá!

Demasiado utilizada en la vida diaria, no era sin embargo habitual allí donde más abundaban, quizá debido a que para su elegante clientela el hecho de insultar a quien tenía a su lado constituía en cierto modo una forma poco acertada de insultarse a sí mismo. Cuando mediaba dinero las prostitutas tan solo trataban con macarras o cabrones, a la vista de lo cual no quedaba más remedio que aceptar que o se era lo uno, o se era lo otro.

Y como en El Convento no se admitía a los primeros, quien en sus paredes pronunciara tan socorrida palabra se situaba a sí mismo en el nutrido pelotón de los segundos.

La siguiente sensación le llegó a través de la espalda, que mantenía apoyada en el fondo de la bañera, y fue como si algo hubiera rebotado contra el suelo.

Luego nada.

Se sintió incómoda, como si permaneciera agazapada figoneando al igual que solían hacerlo las viejas del pueblo ocultándose tras las cortinas de las ventanas.

Su madre le había enseñado a despreciarlas con una sola frase:

—Quien se entromete en vidas ajenas es porque no tiene vida propia, o sea que no te molestes cuando intente lamer unas migajas de la tuya.

Continuar bajo el agua sería tanto como lamer migajas de vidas ajenas, por lo que abandonó sin prisas la bañera, se enfundó en un albornoz color malva que solía tener la virtud de excitar incluso a los clientes apáticos —que también los había—, se envolvió la negrísima melena en una toalla, salió al balcón, y tan solo entonces encendió un cigarrillo, puesto que estaba rigurosamente prohibido fumar en las habitaciones.

No se consideraba una adicta, pero sentarse a contemplar la noche malgastando tabaco, que era lo que en verdad hacía, pues jamás había aprendido a tragarse el humo, le relajaba casi tanto como sumergirse en la bañera.

Y lo que sí había aprendido con la práctica era a relajarse bajo cualquier circunstancia, ya que para ejercer la profesión al nivel que ella lo ejercía, la angustia y la crispación constituían factores altamente perjudiciales.

La ansiedad, el alcohol, las drogas y los chulos habían abocado a magníficas profesionales de gran talento a terminar en inmundos prostíbulos o pasarse horas en cualquier esquina azotada por el viento, mientras que mucha agua, soledad y un máximo de seis cigarrillos diarios le per-

mitían sentarse a admirar el paisaje dejando pasar media hora antes de decidirse a bajar en procura de un nuevo compañero de cama.

Mantenerse en la «elite» en un oficio en el que tanto abundaba la competencia y continuamente aparecían caras nuevas exigía un gran esfuerzo, pero no, tal como sería lógico imaginar, esfuerzo físico, sino sobre todo esfuerzo mental.

Aquellas que consideraban que por el simple hecho de conseguir que quien pagaba disfrutara de un largo y satisfactorio orgasmo su trabajo había terminado cometían el error de olvidar que, en ese mismo instante, comenzaba la labor de preparar al cliente para una nueva visita.

Y es que tras el orgasmo cada hombre reaccionaba de un modo diferente; los había que se sentían agradecidos, otros orgullosos, otros avergonzados, otros temerosos, otros exultantes y otros confusos.

Ninguno indiferente, porque la necesidad —e incluso la obligación— de fecundar había nacido con ellos, y era de suponer que acababan de cumplir dicha misión pese a que supieran de antemano que el destino final de su semilla sería un preservativo.

Se esforzó por formar aros de humo, cosa que rara vez conseguía, mientras observaba las entradas y salidas de automóviles que normalmente costaban lo que no ganaría una familia normal durante su mejor año.

No estaba en contra de aquel tipo de gastos, como no lo estaba en que sus propietarios derrochasen fortunas en cenas, alcohol o mujeres, puesto que de otro modo su dinero dormiría en las cajas fuertes de los bancos sin dar de comer a quienes lo necesitaban.

En la parte que le correspondía sabía muy bien cómo moverlo, dónde invertirlo y cuál sería su destino final.

Una limusina negra, un Mercedes plateado y un Ferrari amarillo abandonaban en esos momentos el aparcamiento,

lo cual indicaba que pronto la clientela comenzaría a disminuir y había llegado la hora de volver al trabajo.

Mientras se secaba el pelo sentada en el borde de la bañera le vino a la mente el golpe que había escuchado, por lo que en cuanto terminó de peinarse decidió hacerle una visita a la Pequeña Ibis.

Su puerta estaba cerrada, golpeó discretamente por tres veces, y al no obtener respuesta, abrió.

Silvana Sterling-Harrison ensayó lo que pretendía ser una sonrisa, pero era tarde y le preocupaban demasiados problemas, por lo que prefirió lanzar un profundo suspiro, tal vez de resignación, antes de comentar:

—Le agradezco que me haya recibido a estas horas pues me consta que es una persona muy atareada, pero es que el avión ha llegado con retraso.

—Pura reciprocidad... —Fue la respuesta que sonaba sincera—. Usted siempre me atiende cuando la necesito.

—Es que ese es mi trabajo, pero como no es momento de alabanzas mutuas iré directamente a lo que importa; mis contables calculan que el valor actual de los activos inmobiliarios que manejamos en su nombre supera los cuatrocientos millones de euros.

—Si ellos lo dicen...

—Lo dicen los números que es lo que importa.

—¿Y eso plantea algún problema? —quiso saber don Arturo Fizcarrald, al que se advertía un tanto incómodo porque no le gustaba tratar con mujeres que tuvieran más estudios o estuvieran mejor preparadas que él en algún determinado campo y sabía que esta lo estaba en muchos.

—¡En absoluto! —le tranquilizó su inesperada visitante—. Lo que en verdad lamento es que la cifra no sea menor.

—¿Y eso? —se sorprendió el dueño del despacho—. Por lo general a su empresa le gusta que cuanto mayores sean los activos, mejor.

—Excepto en este caso.

—¿Y eso? —repitió machacón.

—Porque como no es hora de hacerle perder tiempo, he decidido que en el hipotético caso de llegar a un acuerdo registraría a su nombre inmuebles, acciones y obligaciones de absoluta solvencia por el equivalente a otros cuatrocientos millones.

Su interlocutor se quedó con la patilla de las gafas entre los labios y tan desconcertado como si acabaran de anunciarle que le había tocado la lotería pese a no haber jugado un solo décimo.

Dejó pasar un cierto tiempo puesto que aquella no era una situación que le agradara en exceso. El hecho de que la cabeza visible de uno de los mejores despachos de abogados con sede en paraísos fiscales, mujer con justa fama de implacable negociadora que no soltaba un centavo ni aunque le clavaran un cuchillo en el codo, le estuviera proponiendo semejante insensatez se le antojaba casi un sacrilegio.

—¿Y dónde está el truco? —quiso saber al fin—. Le advierto que a mí no me hace ninguna gracia porque si alguien me ofrece millones debe de ser porque espera heredarme. ¿Acaso ha descubierto una nueva forma de blanquear dinero?

Silvana Sterling-Harrison le tranquilizó con lo que pretendía ser una sonrisa.

—¡En absoluto! —dijo—. Como muy bien sabe, no trabajamos con dinero puesto que un exceso de liquidez acaba por convertirse en un engorro. Trabajamos con propiedades que valen mucho más que el dinero y lo que le ofrezco tan solo sería el justo pago a su trabajo.

—Difícil trabajo debe de ser.

—Difícil, en efecto. Y delicado, porque le consta que tengo fama de no dar nada si no es a cambio de mucho.

—Sospecho que en este caso el término «delicado» rozaba los límites de lo comprometido.

—Y casi se adentra en ellos —admitió su interlocutora sin el menor reparo.

—Era de imaginar.

—¡Naturalmente! ¿Conoce Panamá? —Ante el leve ademán negativo añadió—: ¿Tiene o ha tenido alguna empresa radicada allí?

Quien se encontraba al otro lado de la mesa pareció estar haciendo memoria y al fin negó:

—No, que yo recuerde.

—¿O sea que el caso Mossack-Fonseca no le afecta?

—En lo más mínimo.

—Eso está bien, y me alegra. ¿Qué opina sobre las medidas de seguridad de un supuesto «bufete de abogados» que permite que once millones de documentos altamente comprometedores salgan a la luz?

—Que es una mierda... ¡Con perdón!

—Queda perdonado puesto que no existe otra palabra que lo defina.

—Esos cretinos han dejado a mucha gente con el culo al aire.

—Se lo merecen por haber confiado en semejante pandilla de ineptos. Cuando en un oficio que se alimenta de la avaricia y la prudencia, la avaricia supera a la prudencia, sobreviene el desastre, y el caso Mossack-Fonseca es un típico ejemplo de desmesurada avaricia y absoluta carencia de prudencia.

Arturo Fizcarrald, que se preciaba de ir siempre un paso por delante de sus interlocutores, pero en este caso se sabía muy por detrás, introdujo la lengua en el hueco de una muela que le habían arrancado siendo muy joven pero que nunca había querido que le sustituyeran porque aquel simple gesto le ayudaba a pensar.

Ahora necesitaba pensar debido a que desconfiaba de una hierática Silvana Sterling-Harrison que había heredado una sólida empresa considerada el inexpugnable bastión en que encontraban refugio cuantos necesitaban que nadie

averiguara de qué hedionda fuente provenían sus posesiones o a quién pagaba sus impuestos.

Aunque era cosa sabida que había mantenido relaciones «no precisamente laborales» con muchos personajes famosos, algunos de ellos de sangre azul, y aún seguía siendo atractiva, no cabría considerarla un «Ave del Paraíso», sino más bien el impasible aguilucho siempre al acecho de su presa. Y eso le inquietaba.

Aficionada a las fiestas y los safaris y habitual de las revistas «del corazón», había conseguido no obstante separar su vida sentimental de los negocios, y ahora estaba allí, observándole en su faceta de ave de presa, por lo que don Arturo Fizcarrald sospechaba que si le estaba ofreciendo dinero no era porque le sedujeran sus encantos personales.

Largos años de experiencia le habían demostrado que carecía de ellos.

—¡Y bien...! —dijo al fin, permitiendo que la lengua dejara de hurgar en el hueco de la muela—. ¿Qué tengo que hacer para merecer tan inesperado obsequio?

—Lo que siempre ha hecho, pero aún mejor.

—¿Y qué sabe acerca de «lo que siempre he hecho»?

—¡Oh, vamos, don Arturo! ¡No me venga con esas! —Fue la rápida respuesta—. Mi obligación es saberlo todo sobre mis clientes. ¿Acaso cree que soy como esos cretinos de Mossack-Fonseca que permiten que cualquier pelagatos utilice sus servicios por setecientos euros al año?

—Me consta que no.

—¡Naturalmente! ¿Qué demonios podría interesarme saber de alguien que tan solo me paga lo que cuesta una buena cena? En Sterling e Hijos no admitimos a nadie por una cuota inferior a los doscientos mil euros anuales, pero garantizamos absoluta seguridad y si algún día se produjera una indiscreción, lo compensaríamos con diez millones de euros.

—¿Cuántas veces los han abonado?

—De momento ninguna, porque ni un solo documento se ha filtrado de nuestras instalaciones a lo largo de setenta y tres años.

—¿Y cómo lo consiguen?

—Con mucho esfuerzo y no confiando en los ordenadores. Mi padre fue el primero en comprender que facilitaban mucho el trabajo, pero que cuanto más sencillo resulta el trabajo más chapucero se vuelve. El tiempo ha demostrado que un buen *hacker* es capaz de violar los sistemas de seguridad de cualquier empresa que utilice internet, y por lo tanto la mejor forma de conseguir que no entren en tus ordenadores es no tenerlos.

Quien le escuchaba cada vez más perplejo tuvo que recurrir de nuevo al truco de la lengua en el hueco de la mueca antes de decidirse a inquirir, como si lo que dijera sonara a herejía:

—¿Está intentando hacerme creer que manejan información por valor de miles de millones sin utilizar ordenadores?

—La silenciosa respuesta le obligó a añadir—: ¡No puedo creerlo!

—¿Y por qué no? Si lo habíamos hecho durante más de medio siglo no teníamos por qué cambiar debido a que se hubiera inventado un sistema más cómodo.

—Los tiempos cambian.

—No siempre para bien —replicó ella segura de sí misma—. Quien se compra un traje en un mercadillo se arriesga a que la tela sea de mala calidad o se le rompan las costuras, con lo que, tal como usted mismo ha dicho, se queda con el culo al aire. Sin embargo, nuestra firma siempre ha sido como una exclusiva sastrería a la medida, por lo que quien confía en nosotros sabe que eso nunca le ocurrirá.

Aquel constituía un claro ejemplo de la eterna lucha entre la artesanía y la industria, aunque Arturo Fizcarrald jamás hubiera imaginado que tal enfrentamiento pudiera tener lugar en un campo tan hermético como el de las em-

presas que manejaban documentación altamente comprometedora.

—¿Y cómo lo consiguen? —repitió la pregunta casi machaconamente.

Ahora sí que Silvana Sterling-Harrison sonrió con ganas dejando a la vista una impecable dentadura en la que, sin duda, había invertido una pequeña fortuna.

—Tal vez... —dijo—. Solo «tal vez», algún día se lo explique, pero únicamente sería posible si le considerara un socio «colaborador» y no un simple cliente.

—Resulta difícil «colaborar» sin tener ni la menor idea de en qué se colabora.

—Lo entiendo... —admitió su anfitriona al tiempo que extraía del bolso un viejo y resobado libro que colocó sobre la mesa—. Se publicó hace más de cuarenta años pero sirve para comprender que cuando las cosas se hacen mal nunca mejorarán por mucho que intenten arreglarse. ¡Léalo! —pidió—. Descubrirá hasta qué punto la insensatez engendró un gigante con los pies de barro, y si cuando lo haya hecho le sigue interesando «colaborar», llámeme.